

conocido el cardenal Alejandro Farnesio, le invitó á que se quedase en Roma, en cuya capital residió por espacio de 7 años, dedicándose á la práctica y á la enseñanza de la medicina, inspirándose en las obras de los antiguos; con lo cual adquirió tal reputacion, que fué nombrado profesor de Pádua y llamado repetidas veces para cuidar de la vida de los príncipes. Con tanta fortuna ejerció la profesion, que, sin contar con mas recursos, llegó á poseer mas de un millon de francos. Varios son los escritos de este autor, pero el mas notable para el caso actual, es el titulado de *Arte gimnástica*, en el que despues de dividir la gimnástica en *atlética*, *medicinal* y *militar*, trata especialmente de la gimnástica médica de los griegos y de los romanos.

LECCION XXVIII.

Continua la esposicion de los conocimientos médicos.—Medicina interna.—Fernel.—Felix Platero.—Patología general.—Nosología.—Nosografía.—Semiótica.—Etiología.—Terapéutica interna.—Interpretacion y desarrollo del principio de los contrarios segun Fernel.—Medicaciones internas.—Medicacion evacuable, general y local.—Medicacion revulsiva y derivativa.—Medicacion alterante.—Materia médica.—Anatomía patológica.—Benivieni.

SEÑORES:

No esperéis encontrar grandes cambios en la parte de la medicina que constituye esencialmente esta ciencia, es decir la patología y la terapéutica, durante el período erudito, porque, como estas ciencias, se hallaban ya constituidas desde tiempos muy remotos y las luces que podian suministrarlas los conocimientos anatómicos no habian tenido aun tiempo de penetrar en

ellas, toda la obra de los siglos XV y XVI se redujo á revivificar el espíritu de Hipócrates y de Galeno, que se habia desnaturalizado en el discurso de la edad media.

Como el estado de la patología así general como de las afecciones internas y el de la terapéutica general ó médica, se puede juzgar perfectamente estudiando las obras á Fernel, á fin de que nos sea dable aprear las condiciones en que se halla este autor al escribir estas obras, voy á ocuparme de su biografía. Por igual motivo me ocuparé tambien de Félix Platero, que se distinguió por haber fundado un sistema nosológico mas original, bien que no por esto mejor que el de los antiguos. De esta manera seguiremos realizando nuestro constante propósito de ir conociendo las ideas, al par que los hombres que figuran en una época.

Juan Fernel, nació en Clermont en 1497. Hijo de padres poco acomodados, no pudo recibir una educacion considerable hasta la edad de 19 años, en que fué al colegio de Sta. Bárbara, en París, en el cual hizo tan rápidos progresos, que pronto obtuvo el título de *Maestro en artes*; y era tal la reputacion que ya entonces habia sabido hacerse, que muchos colegios lo demandaron para ser profesor, pero Fernel rehusó todas las ofertas, para poderse dedicar con toda la libertad al estudio de la filosofía y de las letras; no obstante, como la escasa fortuna de sus padres no le podia mantener en París, así que empezó á estudiar medicina, aceptó y desempeñó una cátedra de filosofía en el colegio do Sta. Bárbara. Estudió la medicina en el colegio de Cournailles y en poco tiempo fué, no solo un aprovechado teórico, sino un distinguido práctico, de modo que en 1549 curó de una grave enfermedad á la célebre Diana de Poitiers, por lo que fué nombrado médico del Delfin Enrique; distincion que no quiso aceptar, pretestando una peligrosa enfermedad, á fin de que con este cargo no le faltase tiempo para el estudio, obligándole empero á recibir el premio de 600 libras afectas á este destino. Su delicadeza se revela tambien en el hecho de no haber

querido ocupar la plaza del primer médico del Rey Enrique, á trueque de que no fuese exonerado de este último Luis de Bourges, que lo desempeñaba: no obstante, después de la muerte de este, aceptó el puesto, con cuyo motivo se vió obligado á seguir al monarca en sus expediciones y á ir á establecerse con su esposa en Fontainebleau; cambio de país que produjo en esta una grave enfermedad, de la cual murió; causando esta pérdida tal desconsuelo á Fernel, que no sobrevivió á su mujer mas que algunas semanas, muriendo á la edad de 61 años, el 26 de abril de 1558. Para que conozcáis el aprecio que generalmente se hace de Fernel, os diré, que Bordeu dice que la escuela de París, que habia estado por mucho tiempo en la infancia, vió salir á Fernel como un rayo brillante que atraviesa las nubes y que fué un génio que se elevó hasta las nubes... «Jamás, añade, ningun autor mas elegante adornó nuestras cátedras, nunca génio tan expedito y agradable cultivó nuestra medicina... «Yo le colocó al lado de Celso, Themison y Avicena, al nivel de Galeno y un poco por debajo de Asclepias y de Hipócrates.»

Félix Platero, nació en el año de 1536 en Bala, en donde hizo sus estudios y se recibió de Doctor á la edad de 20 años, pasando luego á Montpellier, recorriendo la Francia y parte de la Alemania y volviendo después á Bala, en donde fué nombrado archiatro y catedrático de medicina práctica. Desempeñó con tal lucimiento la cátedra, que á ella concurrieron discípulos de todos los países de Europa, y no pocos príncipes alemanes le solicitaron con mucho empeño para que fuese á establecerse en sus dominios, ofreciéndole grandes recompensas, que Platero rehusó. Murió el día 28 de julio de 1614.

Pasando ahora á los escritos de estos autores, hallaremos en los del primero reasumidos todos los conocimientos de su tiempo sobre patologia terapéutica internas. La *patologia* de Fernel, consta de siete libros, de los cuales los tres primeros tratan de un modo abstracto y general de la esencia, de las causas, de los síntomas y de los signos de las enfermedades; viniendo por lo

tanto á formar un tratado de patología general, al paso que en los cuatro restantes se ocupa de la descripción particular de las enfermedades, ó sea la nosografía propiamente dicha.

Fernel divide las enfermedades en *generales*, que no tienen un asiento determinado (*incertæ sedis*) y *especiales*, que radican en un determinado sitio del organismo. Entre las primeras, están comprendidas las *fiebres*, que se dividen en *simples*, *pútridas* y *pestilenciales*. Las especiales se dividen topográficamente, en unas que están por encima del diafragma, en otras que ocupan órganos colocados por debajo de este tabique muscular, y en otras que tienen su asiento en los miembros. Ya os he dicho que Félix Platero habia inventado una nosología mas original, pues en la de Fernel habreis reconocido la obra de Galeno. Platero dividió las enfermedades en *lesiones funcionales*, que comprenden los trastornos de la sensibilidad y los del movimiento, *dolores*, que forman un solo género, y *vicios*, que forman dos géneros, á saber, unos que afectan al cuerpo y otros en que hay lesion de las secreciones.

La *nosografía* de Fernel, siquiera revela un verdadero movimiento hácia el progreso, no alcanza con mucho al mérito de la descripción de las enfermedades que nos dejaron Areteo y Alejandro de Tralles, pues no hay la exactitud de los cuadros de síntomas que caracterizan á las enfermedades, que tanto distingue á estos dos últimos autores.

Verdad es, no obstante, que en Fernel se encuentran algunas afecciones no descritas por sus antecesores, como la sífilis, pero en cambio, omite la relacion de otras, como las calenturas eruptivas, el escorbuto, la coqueluche, la rafania, etc., que ya eran conocidas en su tiempo.

Si Galeno se refleja con todos sus rasgos en la nosografía, no es menos ostensible la doctrina de este autor en lo que dice relacion á la *semiótica*; así, la *esfigmología* y la *uroscopia* forman la base del pronóstico y de las indicaciones. Apartándose de las vias de Hipócrates, Fernel no espone los síntomas solamente

Seben admittit.

para formar con ellos un grupo sintético expresivo de un estado patológico, sino que, además, examina y descompone cada uno de los fenómenos morbosos para deducir, según el método analítico de Aristóteles y Galeno, las indicaciones que de este examen pueden derivar. «El pulso y la orina, dice Fernel, dan las indicaciones más precisas de las fuerzas de las enfermedades: el primero dá á conocer el estado del corazón y de las arterias; el segundo revela el estado del hígado y de las venas. El pulso enseña claramente la energía de la facultad vital y de todo el cuerpo y la actual disposición del corazón y de las arterias. La orina revela las cualidades de los humores y el estado del hígado de un modo el más óbvio y nos ilustra sobre las enfermedades que de estos derivan; pero en cambio, ofrece pocas luces acerca el vigor de los movimientos vitales y del cuerpo en general.» Resultaba de ahí, que el examen del pulso y la inspección de las orinas, se consideraban en general elementos suficientes para formar el diagnóstico.

En punto á *Ethologia*, volvemos á encontrar también aquella minuciosidad y aquellas sutilezas que tanto desvirtúan los escritos del médico de Pérgamo, que tanto empeño puso en amalgamar la filosofía aristotélica con la medicina. Fernel admite las cuatro especies de causas de Aristóteles, esto es, la *material*, la *formal*, la *eficiente* y la *final*. La *causa material* de la enfermedad es el cuerpo humano; el aspecto de la enfermedad, la *causa formal* de la misma; la *final*, el término de la afección. En cuanto á la *eficiente*, que, según nuestro autor, es la que más interesa al médico, se divide en *congénita* y *accidental*: la *congénita* puede ser *natural* ó *contranatural*; la *accidental* puede ser *interior* ó *exterior*: la *accidental interior* se divide en *antecedente* y *continente*. La causa eficiente puede producir un efecto de un modo inmediato ó por sí misma, ó consecutivamente ó por accidente. Por último, la causa eficiente se divide también en *principal*, *adyuvante* y *necesaria*: al administrar un purgante, este es la *causa principal* de la diarrea; la sustancia que tal vez se

agrega al purgante, es la *causa adyuvante*, y las condiciones orgánicas para que el medicamento obre, constituyen la *causa necesaria*.

Señores, si os ha parecido abstruso Fernel en Nosología, en Semiótica y singularmente en Etiología, no os merecerá otro concepto en *Terapéutica*. Adoptando el lema de los *contrarios* tan traído y llevado entre los médicos de la antigüedad, Fernel se hace el defensor mas empeñado de este pretendido axioma terapéutico. Hé aquí un argumento especioso de que este autor en su *Therapeuticus universalis*, se vale, para afianzar el principio *contraria contrariis curantur*. «*Toda enfermedad debe ser combatida con remedios contrarios*; porque se llama remedio á todo lo que arroja una enfermedad: ahora bien, como lo que arroja hace violencia y lo que hace violencia es opuesto, se sigue que el remedio es siempre opuesto á la enfermedad y que no puede obtenerse curacion alguna, sino en virtud de la ley de los contrarios.» No habré de esforzarme mucho para demostrarnos que todo este pretendido argumento engalanado con la forma silogística, no es mas que un sofisma, que encubre una peticion de principio; pues dando por supuesto que los remedios obran arrojando las enfermedades, se quiere venir á probar que son contrarios á estas; cuando lo que primero deberia probarse, es que obran con violencia, es decir, arrojando la enfermedad, lo cual no hubiera por cierto sido fácil á Fernel, ni á nadie.

Pero, ved ahora la estension que este autor concede á la palabra *contrario*: lo pequeño es contrario de lo grande, lo hueco, de lo lleno, una gota de agua es contraria del mar, lo duro de lo blando, lo sobrante de lo defectuoso, lo alto de lo bajo, lo puro de lo sucio; es decir que Fernel no se limita á sentar el antagonismo entre las cualidades elementales opuestas, como entre lo frio y lo caliente y lo húmedo y lo seco, sino que, con su aparente antagonismo, toma por contrario, todo lo que el buen sentido tiene por diferente. Aun hay mas: este mismo autor, dice, que, cuando, por ejemplo, por medio de un purgante

se cura una diarrea, ó cuando con un remedio caliente, tal como el ruibarbo, se apasigua la fiebre, no falta la ley de los contrarios, pues en estos casos el remedio es el contrario de la causa de la enfermedad, que en los citados era un embarazo gastro-intestinal.

Así dispuesta y desplegada esta teoría, ya podeis inventar medicamentos, que siempre los partidarios de la *hipenantiosis* os demostrarán el antagonismo; siempre os probarán que saben sacar ileso *el indestructible* principio de los contrarios de todas las pruebas de la esperiencia y del raciocinio. Yo no he de entretemerme en la refutación de estas ideas, que aun hoy día son profesadas por algunos médicos que no se han tomado, como hubieran debido, el trabajo de pensar algo en lo que creen: prefiero remitiros á la brillante crítica que del principio de los contrarios ha escrito Renouard en su *Historia de la Medicina*; pero no puedo prescindir de deciros, que si, en buena lógica, por contrario de una cosa debe entenderse solo aquello que destruye ó tiende á destruir los efectos de otra cosa, el conocimiento de los agentes terapéuticos que obran en virtud de la ley de los contrarios resultará sumamente reducido. En mi concepto, una base será contraria de un ácido, una corriente de viento Norte lo será de una corriente procedente del Sur, un músculo flexor lo será de un estensor; porque en todos estos casos los efectos de un agente tienden á destruir los efectos de otro agente. Y cifrándonos ahora á la terapéutica, es notable que, despues de tantos siglos, tengamos que volver en este punto á la opinion de Hipócrates, que dijo, que las enfermedades unas veces se curan con cosas que les son contrarias, otras con cosas que les son semejantes y otras con cosas que ni les son contrarias ni semejantes.

Esto por lo que dice relacion al principio punto de partida de la terapéutica: con respecto á las medicaciones las hallamos todas reducidas á la *evacuante*, la *derivativa*, la *revulsiva* y la *alterante*.

Correcto
15 3/4

Segun Feruel, existen dos clases de *evacuaciones*, esto es: *generales* y *locales*; con las primeras se sacan humores de todo el cuerpo; así se hace por medio de la sangría, con los sudoríficos, con los eméticos y con los purgantes. Llámense evacuaciones locales, aquellas que no procuran mas que el descarte humoral de un órgano ó de una region: en este caso se encuentran los flujos nasales, que desembarazan al cérebro, la espectoracion, que evacua los pulmones, las deyecciones ventrales, que descargan el vientre, las hemorroides, que rebajan la turgencia de las venas del recto, etc. La flebotomia es la evacuacion artificial mas poderosa, porque, estrayendo la sangre venosa, que en sí contiene á los otros tres humores, ocasiona una evacuacion general. A propósito de la sangría, Fernel se ocupa de resolver la cuestion de cuando está indicada la llama revulsiva y de cuando debe apelarse á la derivativa. Para que os hagais cargo de esta cuestion, es preciso que sepais que, entre los antiguos, las palabras *revulsion* y *derivacion*, que entre nosotros lienen casi un valor sinónimo, significaban dos cosas muy distintas. Hipócrates y despues Galeno, habian establecido el principio de sangrar profusamente desde el punto mas distante del sitio afecto, siempre y cuando ocurría la necesidad de combatir una inflamacion: de esta manera, segun las erróneas ideas anatómicas de la antigüedad, la sangre se veia obligada á precipitarse por una via diametralmente opuesta á la que deberia seguir para llegar al órgano flogoseado.

Los médicos árabes siguieron una práctica opuesta; y así, para combatir una inflamacion visceral, se limitaban á picar ligeramente una de las venas del pié, á fin de que la sangre fluyese gota á gota.

Hasta el siglo XVI, el método de los árabes fué universalmente practicado en Europa, pero, habiendo ocurrido por entonces una epidemia de pleuresías, que se reprodujo varias veces en Francia, un médico de Paris, Pedro Brissot, resucitó, y con buen éxito, la sangría al estilo de los griegos; desde cuyo punto,

Novell

el método de Galeno venció á la práctica de Avicena, despues de haber sido objeto de acaloradas contraversias entre los médicos. Lo dicho, sin embargo, no aclara suficientemente la idea de revulsion y de derivacion: los antiguos *revelian* llamando la sangre desde un punto lejano al en que residía la inflamacion y *derivaban*, estrayendo la sangre directamente de la parte enferma, para lo cual abrian la vena que iba al órgano afectado, á fin de que por esta abertura se descartase el humor escedente, teniendo empero siempre la precaucion de hacer antes una sangría revulsiva, para evitar que el flujo derivativo fuese demasiado impetuoso. Todos estos errores terapéuticos, que se fundan en la falta de conocimientos precisos sobre la anatomía del sistema vascular, se encuentran espuestos y profesados en la obra de Fernel. En el tercer tomo de este libro, Fernel se ocupa esclusivamente de la *medicacion purgante*, que tampoco tenía entre los antiguos el mismo sentido que entre nosotros; pues purgantes se llamaba á todos los agentes que tenían la virtud de hacer expeler el humor pecante por cualquier parte del cuerpo, así, entre los purgantes, los habia errinos, drásticos, sialogogos, sudoríficos, béchigos, diuréticos, etc.; purgar significaba lo mismo que purificar el cuerpo de malos humores.

En el cuarto libro de su obra, Fernel trata de la *medicacion alterante*, entendiendo por tal, la que tiene por objeto modificar el estado ó temperamento de las partes. Los agentes terapéuticos obran alterando, en virtud de sus *cualidades ó facultades*, las cuales, Fernel, como Galeno, divide en *primitivas*, *secundarias* y *terciarias*. Las cualidades *primitivas* dependen de la preponderancia de uno ó de dos elementos; así los medicamentos por este concepto, son *cálidos*, *frios*, *húmedos* ó *secos*. De la combinacion de las cualidades primitivas de los medicamentos, con la densidad mayor ó menor de los mismos, resultan las cualidades *secundarias*; así una sustancia que á la vez sea ténue filamentososa, espesa ó de mediana consistencia y que al mismo tiempo sea caliente, húmeda, seca ó fria, tendrá diversas propiedades se-

cundarias, que, según Fernel, serán: incisiva, atenuante ó incrassante, delersiva ó inviscante, exasperante ó emoliente, aperitiva ú obstruiva, dilatante ó constrictiva, rarefaciente ó condensadora, laxante ó tónica, atractiva, digestiva, disolvente, repulsiva, astringente, madurativa, séptica, aglutinante, exulcerante, sarcótica, corrosiva, quilótica, y escarótica ó cáustica. Los sabores, que dependen de la misma causa que las cualidades secundarias, son el mejor indicio en estas mismas cualidades; así, el sabor acre, propio de la pimienta, indica el predominio del calor seco y por esto es acre y mordicante. En cuanto á las cualidades *terciarias*, dice Fernel, que proceden de toda la sustancia y de la forma del medicamento, por cuya razon, y porque no se revelan por ninguna propiedad sensible, se las llama tambien *cualidades ocultas*; son de estas, la virtud diurética, colagoga, errina ó emenagoga que tienen ciertas substancias y las propiedades antidóticas ó alexi-fármacas que tienen otras.

Ahora bien, si quisiésemos reducir á nuestro lenguaje moderno la clasificacion que los antiguos hacian de las propiedades de los medicamentos, hallariamos que las cualidades *primitivas* corresponden á lo que nosotros llamamos propiedades *químicas*; las *secundarias* son nuestras propiedades *físicas* y las *terciarias* no vienen á ser mas que las virtudes *especiales* ó *específicas* de los mismos.

Los tres últimos tomos de la obra de Fernel, contienen la materia médica propiamente dicha y un corto formulario. Una novedad en la clasificacion de los medicamentos se observa en esta obra, pues están agrupados por razon de las modificaciones fisiológicas que producen en el organismo. Desgraciadamente, esta accion no era conocida sino de un modo hipotético por lo que se refiere á las cualidades primitivas y á las secundarias, y en cuanto á las terciarias, se tenian pocas observaciones para acertar en la distribucion de los medicamentos, todo lo cual dejó á la obra de Fernel menos provechosa de lo que en otras condiciones hubiera podido ser.

Una nueva rama nace en el árbol de la medicina á últimos del siglo XV; rama que con el tiempo tendrá proporciones colosales, y con su sombra protegerá á la ciencia del diagnóstico y á la de las indicaciones: esta rama es la *Anatomía patológica*. Ya habeis visto como Bartolomé Eustaquio habia puesto no poco celo en buscar en los hechos patológicos que le presentaba la inspeccion de los la cadáveres la esplicacion del ejercicio normal de las funciones: pues bien, Eustaquio en esto seguia el ejemplo de uno de sus gloriosos predecesores, que debe ser considerado como el fundador de la anatomía patológica: este fué Antonio Benivieni.

Antonio Benivieni, célebre médico y filósofo, nació en Florencia á últimos del siglo XV, y aunque tenemos pocos datos sobre su vida, sábese que falleció el dia 11 de noviembre de 1502, porque así consta en el epitafio de su sepultura en la iglesia de la Anunciacion de Florencia. Sábese tambien que tuvo relaciones con Marcelo Ficin y Poliziano y que se dedicó con particular aficion al estudio de las obras de los griegos, y que, despues de esto, sintió la necesidad de inspirarse en el estudio directo de la naturaleza y en la práctica. «Benivieni, dice Malgaigne, no se contentaba con abrir el cadáver de sus propios enfermos, sino que buscaba siempre la ocasion de hacer la autopsia, con el ardor que podria tener un anatómico de nuestros dias». Hasta esploraba los cadáveres de los ajusticiados, con el objeto de investigar si presentaban algo nuevo que pudiese redundar en beneficio de la anatomía descriptiva ó de la fisiología. La obra mas notable de Benivieni se titula *De abditis nonnullis ac mirandis morborum et sanationum causis*, que fué impresa en Florencia en el año de 1507.

Despues de Benivieni, ya os he dicho que el médico que mas se distinguió por el estudio de la anatomía patológica, fué Eustaquio, y los que continuaron este estudio despues de este autor, fueron *Ramberto Dodern* y *Marcelo Donato*, de quienes no tenemos espacio para ocuparnos especialmente. Solo os diré

que, apesar de esto, la anatomía patológica hizo pocos adelantos, lo cual, por cierto, no es de estrañar, estando tan cerca de su origen.

LECCION XXIX.

Historia de la cirugía durante el periodo erudito. — Causas del decaimiento de la cirugía en los últimos tiempos de la edad media. — Movimiento de restauracion de la profesion quirúrgica. — Colegio de S. Cosme y S. Damian. — Juan de Vigo. — Fabricio de Hilden. — Pedro Franco. — Ambrosio Pareo. — Notables adelantamientos de la cirugía militar. — Tratamiento de las heridas por armas de fuego. — Estraccion de los proyectiles. — Ligadura de las arterias en las amputaciones. — Historia de la obstetricia. — Guillemeau.

SEÑORES:

Tratando ahora de hacer la historia de la *Cirugía* durante el periodo erudito, debo recordaros lo que fué de esta parte de la ciencia de curar, considerada como profesion y en el concepto de ciencia propiamente dicha, en los tiempos vecinos á la edad del renacimiento. Durante la edad media, los pueblos cristianos de Occidente estaban divididos en tres órdenes sociales perfectamente aislados: al primero pertenecian los nobles, que no tenian mas ocupacion que la guerra; al segundo correspondian los sacerdotes, que concentraron en sus manos todas las luces de las ciencias; y el tercero estaba formado por la plebe, que, falta de toda instruccion y devorada por el fanatismo, ejercia las artes mas groseras. Con esto resultó que el ejercicio de la profesion médica vino á ser patrimonio esclusivo del clero, y que, si al-

gun lego se dedicaba á esta ocupacion, se ocupaba casi exclusivamente de las prácticas quirúrgicas, que estaban prohibidas por los concilios á los religiosos. De ahí que la cirugía por largo espacio de tiempo fuese profesada por hombres sin instrucción, de ahí el abatimiento de la ciencia y de la clase, pues el oficio de cirujano hubo época en que se consideró como deshonesto y envilecido, hasta el punto de que, segun dice Sprengel, ningun artesano hubiera querido tomar por aprendiz á un joven procedente de una familia de barberos bañeros, pastores ó desolladores, y sin embargo, hasta mediados del siglo XV estos fueron los únicos cirujanos que hubo en varios países, particularmente en las poblaciones de Alemania. Si á estas consideraciones añadimos la falta casi absoluta de conocimientos anatómicos, hasta en los sacerdotes que profesaban la medicina y que de cuando en cuando se aventuraban á alguna operacion quirúrgica, no os será difícil daros cuenta del estado de abyección en que habia caído la cirugía, aun despues de los gloriosos tiempos de Celso y Galeno.

No se os habrá olvidado que Juan Pitard fundó en Paris el colegio ó cofradía de S. Cosme y S. Damian, formado de cirujanos laicos que aspiraban alcanzar el nivel de los doctores médicos: este colegio que se hizo célebre por sus luchas incesantes contra la facultad de Medicina y contra los cirujanos barberos, en 1515 hizo las paces con la Universidad, y sus individuos fueron bien recibidos entre los alumnos de esta. Desde este instante, cambió en Paris la faz de la profesion quirúrgica, pues, reunidos en las aulas de la Facultad los cirujanos y los barberos para seguir juntos los cursos de anatomía y de cirugía, el contacto escolar de estas dos clases venció sus antiguas rivalidades y los ennobleció á todos, obteniendo títulos y prerogativas que los hacian mas dignos. Los cirujanos, sin embargo, en premio de su sumision á la Facultad, conservaron una cierta supremacia sobre los barberos, de lo cual resultó una espontánea organizacion en el ejercicio de la cirugía, que habia de ser fe-

cunda en resultados en su parte científica. A esto se agregó el poderoso concurso de los anatómicos, que casi todos fueron cirujanos, y los trabajos de otros profesores no menos distinguidos por sus conocimientos anátomo-quirúrgicos, entre los que descollaron, Juan de Vigo, Fabricio de Hilden, Pedro Franco, y sobre todos ellos Ambrosio Pareo.

Juan de Vigo, nació en Rapallo (ducado de Génés) en el año de 1460. Su padre, llamado *Bautista de Rapallo*, fué también cirujano distinguido del marqués de Saluces. Juan de Vigo prestó sus servicios facultativos en la ciudad de Saluces en el sitio que ésta sostuvo en el año de 1485. Después fué á Saboya, en donde el cardenal Juliano, que después fué el papa Julio III, le nombró su médico, colmándole de honores y de riquezas. Escribió una obra que lleva por título *Practica in arte quirúrgica copiosa*, que consta de nueve libros.

Guillermo Fabricio ó *Fabricio de Hilden*, (por haber nacido en el pueblo de este nombre, próximo á Colonia, en el año de 1560), estudió en Lausana, con Juan Grifon. Según el mismo confiesa, antes de practicar una operación en el vivo, se ejercitaba en el cadáver. Puede considerarse á Fabricio como el restaurador de la cirugía en Alemania. Sus obras son aun hoy día un testamento de conocimientos útiles sobre todas las partes de la medicina. Su genio quirúrgico le permitió inventar frecuentemente procedimientos operatorios é instrumentos no menos ingeniosos.

Pedro Franco, nació en Turriers (Provenza) en el año de 1500. Al parecer, hizo sus estudios domésticos bajo la dirección de algunos cirujanos de inferior categoría, tales como oculistas, herniarios y litotomistas. Practicó primero en Provenza y después en Friburgo, Lausana, Berna y Orange. Créese que, habiendo abrazado la reforma religiosa y temiendo ser víctima de la intolerancia, se vió obligado á salir de Francia. Sus escritos son notables por el espíritu práctico que en ellos domina y por la sana crítica con que trata de los procedimientos operatorios que describe. La litotomía y la cirugía de las hernias fue-

ron las especialidades en que mas floreció. Franco fué el inventor de la talla hipogástrica, y llegó á proscribir enteramente la práctica de la castracion en la operacion radical de las hernias.

Ambrosio Pareo, á quien *Dezeimeriz* llama el *Padre de la Cirugia moderna*, nació en Laval (en el *Maine*) en 1509. La escasez de medios de su familia motivó que su primera educacion fuese poco distinguida, así es que no pudo conocer las lenguas sábias, por lo que tuvo que cifrarse á estudiar en las traducciones francesas. Sin embargo, su talento y su aplicacion le hicieron progresar tan rápidamente en el conocimiento del arte quirúrgico, para el cual parecia nacido, que en 1536 habia ya pasado tres ó cuatro años en el *Hotel-Dieu* de París, en donde frecuentemente sus maestros le permitieron operar en su presencia; distincion que prueba el grande aprecio que de su habilidad hacian. Despues de estos estudios teórico-prácticos, fué nombrado cirujano del ejército que, bajo las órdenes del general *Monte-Jean*, fué á ocupar la *Provenza* para rechazar la invasion de *Cárlos V*. Por espacio de 30 años siguió á las espediciones militares y en los campos de batalla perfeccionó su educacion y escribió muchas obras. Temiendo, á pesar de la gloria que se habia sabido conquistar, las intrigas de la *Facultad de Medicina*, quiso poseer el título de agregado del colegio de *Cirujanos* de París; y en efecto, á pesar de que *Pareo* no poseia el latin, éste le recibió á exámenes y en 1554 fué sucesivamente graduado bachiller, licenciado y doctor en *Cirugia*, despues de lo cual, fué nombrado primer cirujano del rey de Francia *Cárlos IX*, siguiendo en este puesto en tiempo de *Enrique III*, bien que antes ya habia sido cirujano ordinario de *Enrique II* y de *Francisco II*.

La historia de la cirugia del siglo *XVI*, está íntimamente enlazada con la biografía de *Ambrosio Pareo*. Cuando nuestro autor entró al servicio del ejército, no habia visto nunca heridas por armas de fuego y no sabia sobre esto mas que lo que habia leído en el libro de *Juan de Vigo*. Creíase entonces que estas

heridas eran envenenadas por la pólvora, por lo que se procedía inmediatamente á cauterizarlas con aceite hirviendo ó con el cauterio actual, y se hacia tomar al enfermo algun medicamento alexifármaco. Despues de la batalla del Paso de Suza procedió Pareo á cauterizar con aceite hirviendo á los heridos; mas habiéndole faltado èste para hacer la operacion con todos, pasó, segun él mismo dice, una noche de inquietud, temiendo por la vida de aquellos á quienes no habia podido aplicar este recurso; pero su temor se trocó en agradable sorpresa, al ver que, al dia siguiente, estos últimos marchaban mucho mejor que los primeros, por lo que, el eminente cirujano proclamó la necesidad de abstenerse del medio horrible de la cauterizacion en las heridas por armas de fuego, y esta práctica desde luego fué universalmente aceptada y seguida. Con este motivo escribió un libro titulado *De la maniere de traiter les plaies faites tant par hacquebutes, que par flèches.*

Como la reputacion quirúrgica de Pareo habia llegado á ser tan grande, Sylvio, que era entonces una de las notabilidades de París, deseó intimar relaciones con él, y en una de las conferencias que con èste tuvo, le dijo, que creia que el precepto capital á que debía atenerse el cirujano para extraer los proyectiles, consistia en poner á la parte herida en la posicion que estaba en el acto de recibir la bala. Sylvio aprobó la idea de Pareo con tal entusiasmo, que además de protestarle una amistad afectuosa, le instó á que publicase un trabajo sobre esta materia, lo cual hizo en 1645, ilustrando el texto con muchos grabados.

En cierta ocasion Pareo discutia con Estéban de la Ribera y Francisco Rasse, cirujanos del colegio de S. Cosme, sobre la cauterizacion actual, considerada entonces como único medio hemostático en las heridas resultantes de las amputaciones, é iluminado nuestro cirujano por la feliz aplicacion de la ligadura de los vasos en las heridas comunes, propuso hacer extensiva esta práctica á los muñones de los miembros amputados, ahor-

rando así al enfermo los tormentos y los peligros de la cauterización. Fué recibida con aplauso esta proposición por los otros dos profesores y Pareo se propuso ponerla en planta en la primera ocasión, que no se hizo esperar, con motivo de haber recibido un gentil hombre de Mr. de Roban una herida de culebrina en una pierna, que Pareo imputó, ligando luego los vasos en el muñon. y obteniendo el éxito mas lisonjero. Desde entonces la cauterización fué substituida en las amputaciones por la ligadura de los vasos.

Ya veis, pues, señores, como al génio eminentemente observador de Pareo, debe la cirugía moderna todo el tratamiento racional de las heridas por armas de fuego; faltaba solo que la doctrina de este autor fuese confirmada. *Bartolomé Maggi*, profesor de Bolonia, vino á reforzarla, asegurando que no habia combustion en estas heridas; que ninguno de los heridos que él habia tratado presentaron combustion en sus vestidos, y demostrando que se podia disparar una bala sobre un cartucho de pólvora, sin que esta se inflamase.

Varios cirujanos del siglo XVI se ocuparon de la *obstetricia*, pero ninguno de ellos hizo en esta parte de la medicina tan notables trabajos como *Jacobo Guilleméau*

Jacobo Guilleméau, distinguido discípulo de Ambrosio Pareo, nació en Orleans en el año 1550, de una familia en la que habia habido varios hábiles cirujanos. Su padre era cirujano del rey Carlos IX. cargo que tambien desempeñó Jacobo en tiempo de Enrique III, Enrique IV y Luis XIII. Hizo sus primeros estudios médicos en el Hotel-Dieu, se perfeccionó en el ejército, y con motivo de haber permanecido por espacio de cuatro años en los hospitales de Flandes, tuvo ocasion de ver operar á los mas notables cirujanos de Alemania, España é Italia. Embalsamó el cuerpo de Enrique IV y murió en 1612. Las *obras* de Guilleméau son varias: figuran en su coleccion un *Tratado sobre las enfermedades de los ojos*, unas *Tablas anatómicas* y un *Tratado sobre los partos*. No se vé en estos escritos los efectos de un génio

innovador, sino que mas bien se hacen notables por el espíritu de orden que en ellos reina, de modo que forman una compilación exacta y ordenada de la cirugía del siglo XVI y particularmente de los trabajos de su maestro Pareo. Si son apreciables sus *Tablas anatómicas* y su *Tratado sobre las enfermedades de los ojos*, aun es mas digno de elogio un tratado sobre el *parto feliz*. Ningun autor, incluso el mismo Pareo, habia llegado á tanta altura en materia de obstetricia: á Guillemeau se debe la doctrina de terminar artificialmente el parto y el alumbramiento en los casos en que sobrevienen convulsiones ó hemorrágias considerables, siquiera el embarazo no haya llegado á su tiempo natural. Cita con este objeto varias observaciones de parturientas á quienes libró de una muerte próxima procurando la extracción del feto, figurando entre ellas una hija del mismo Ambrosio Pareo. No son menos dignos de atención los preceptos de Guillemeau para verificar la extracción del feto y la de la placenta, cuando esta es causa de convulsiones ó de hemorrágia por hallarse viciosamente implantada en el cuello del útero, y, por último, tambien merece mencionarse la operación de la perineorrafía, que aconseja en los casos de rasgadura crónica del espacio vulvorectal.

En cuanto á la operación cesárea, que fué ya conocida de los antiguos y que hemos visto practicada en Mérida en el tiempo de los godos por el obispo Paulo, puede decirse que habia caído en desuso durante la edad media; pero en el siglo XVI varios cirujanos, entre los que hay que mencionar especialmente á *Francisco Rousset*, médico del duque de Saboya, trataron de rehabilitarla y la practicaron varias veces; siendo notable el caso de una mujer llamada *Milly*, que la habia sufrido seis veces, y que murió en el séptimo embarazo, por hallarse ausente el cirujano que solia operarla.

LECCION XXXI.

Origen y procedencia de la sífilis. — Esposicion de las opiniones que sobre este asunto han reinado.

PRIMERA: *¿Existia la sífilis antes del siglo XV? — Esposicion crítica de los textos biblicos que parecen afirmar esta opinion. — La gonorrea segun el Levítico. — Su carácter contagioso, prueba su índole sífilítica? — Es la sífilis una degeneracion de la lepra?*

SEGUNDA: *La sífilis apareció en Europa de un modo espontáneo á fines del siglo XV? — Esplicaciones mas ó menos eruditas que se dieron de la epidemia del siglo XV. — Leonicensio. — Astrología judiciaria. — Fábula de Frascotor. — Crítica de esta opinion. — Valor de la palabra epidemia en los siglos XV y XVI. — La peste de los marranos.*

TERCERA: *La sífilis fué importada á Europa desde alguna otra parte del mundo á fines del siglo XV? — Hechos mas culminantes de la espedicion de Colon que prueban el origen indiano de la sífilis. — Ruy Diaz de Isla. — Se propagó la sífilis por los pueblos en donde los espedicionarios de América pasaron al regresar? — Lo que pasó en las Azores. — Lo que ocurriò en Lisboa, en Bayona y en Palos. — La sífilis en Sevilla y Barcelona. — Propagacion de la sífilis al ejército francés de Carlos VIII en Italia. — El TRATADO DE LAS PESTÍFERAS BUBAS de Francisco Lopez Villalobos.*

SEÑORES:

Seria cometer una omision imperdonable si al proponerme seguir las huellas de la medicina durante los siglos XV y XVI, no trajese á este lugar una cuestion que, desde largo tiempo

está gozando del privilegio de mantener muy divididas las opiniones entre los médicos y que necesariamente se refiere á la historia de estos siglos: esta es la del *origen y procedencia de la sífilis*.

Ya sé yo que á ninguno de vosotros ha de ser completamente estraño este punto; ya sé yo que algo habreis oido hablar de él en las cátedras de patología; tambien debo suponer que en mas de una ocasion habreis leido el prólogo ó artículo preliminar de alguna obra de sifiliografía, en que forzosamente se trata esta materia; pero estoy bien convencido de que, si os fuese preguntando uno á uno por el concepto que os merece la cuestion, habria de encontrar en pocos una conviccion formada y sólida, y que si reuniese las de todos los que no la tuvieran fluctuante, hallaria entre estos un antagonismo completo, por no decir mejor, tres diversas opiniones. En efecto, á tres pueden reducirse las suposiciones que han reinado sobre el particular. 1.^a la sífilis existia antes de los últimos años del siglo XV; 2.^a la sífilis apareció de un modo espontáneo á fines del siglo XV; y 3.^a la sífilis fué importada á Europa desde alguna otra parte del universo á fines del siglo XV.

A fin de ver si nos formamos una opinion decisiva sobre este importante asunto, voy á plantear sucesivamente, segun el órden con que las he enumerado y bajo la forma de cuestiones, los tres asertos, aduciendo al paso las razones que respectivamente los apoyan y los argumentos que los combaten.

1.^a ¿Existia la sífilis antes del siglo XV?

Muchos pasajes de los libros bíblicos tienden á resolver esta cuestion en el sentido afirmativo: léese en el capítulo XV del *Levitico* que trata de la *expiacion y purificacion de las impurezas involuntarias del hombre y de la muger* lo siguiente: «1.^o Y habló el Señor á Moisés y á Aaron, diciendo: 2.^o Hablad á los hijos de Israel y decidles: *El hombre que padece GONORREA será inmundo*: 3.^o Y entonces se juzgará que está sujeto á este achaque, cuando á cada momento el humor súcio se pegare á su car-

ne y se condensare: 4.º Todo estrado en que durmiere, será inmundo y donde quiera que se sentare.... 10.º Todo el que hubiere estado debajo del que padece GONORREA, será inmundo hasta la tarde: 15.º Si sanare el que padece tal enfermedad, contará siete dias despues de su limpieza, y lavados sus vestidos y todo su cuerpo en aguas vivas, será limpio: 16.º El hombre á quien sale sémen de su cóito, lavará con agua todo su cuerpo y será inmundo hasta la tarde: 18.º La muger con quien se haya ayuntado, se lavará con agna y será inmunda hasta la tarde: 52.º Este es el rito del que padece GONORREA y se ensucia por el coito: 55.º Y de la muger que es separada en los tiempos menstruales, ó de la que fluye de continuo sangre y del hombre que durmiese con ella.» Añadid en este lugar lo que, con motivo de la historia de la medicina de los hebreos, os relaté del *Levítico* referente á la menstruacion de la muger, y lo siguiente que se lee en el capítulo V del libro de los *Números*: «Manda á los hijos de Israel que echen fuera del campamento á todo leproso y al que padece GONORREA, y al que está mancillado por causa de un muerto.» «Sea hombre, sea muger, echadlos del campamento para que no lo contaminen, despues que he habitado Yo con vosotros», y habreis reunido los textos mas elocuentes que militan en favor de la opinion de que la sífilis era conocida desde tan remotos tiempos, que casi puede decirse que es tan antigua como el hombre. Agregad tambien el testimonio de Hipócrates, Areteo, Galeno, Alejandro de Tralles y otros médicos antiguos que hacen mencion de gonorreas y flujos de sémen, de ficus, puerros, verrugas y condilomas análogos por sus caractéres y por su sitio á las afecciones sifilíticas; de escamas, úlceras, tubérculos y pústulas del tegumento, parecidos á las sifilides de nuestros tiempos; considerad que la lepra, tan frecuente en la antigüedad, ha ido desapareciendo á medida que la sífilis ha ido en aumento, al paso que no han desaparecido ni disminuido otras dermatosis, y colegid de esto, que, sino resulta suficientemente probado que la sífilis es enfermedad anterior al siglo XV, á lo menos debe ad-

mitirse que es una entidad morbosa derivada de la lepra, esto es, una lepra degenerada.

A decir verdad, son seductoras las pruebas que se aducen en favor del remotísimo origen de la sífilis; pero ya que hemos de juzgar con ingenuidad, para fundar nuestra opinion, pesemos el valor de los argumentos que hemos apuntado, veamos si pueden sostener con firmeza los embates de la discusion.

Fijémonos primero en los textos bíblicos. La palabra *gonorrea*, que en su sentido etimológico significa *flujo de semen*, ¿equivale á los flujos venéreos, que en la actualidad, son una de las manifestaciones locales de la sífilis? No cabe la menor duda de que Moisés tomó por flujo seminal el flujo mucoso de la uretra, la blenorragia; pues cuando dice que se conocerá este achaque cuando á cada momento el humor súcio se pegare á su carne y se condensare, dá á entender que el flujo debia ser continuo, como sucede con los flujos blenorráicos, y no interrumpido por largos intervalos, como acontece con las poluciones ó pérdidas seminales. Cabe dudar, no obstante, de la virtud contagiosa de este flujo, pues, siquiera las lociones y el aislamiento que se prescriben á los afectados parecen ser una prueba de este carácter, no hay que perder de vista que los preceptos del *Levitico* son mas religiosos que higiénicos, y que ese aislamiento, esas purificaciones y los sacrificios á que se obligaba á los afectados, despues de la curacion, eran mas bien prácticas expiatorias del pecado, que recursos verdaderamente terapéuticos. Pero, aun dando por aceptado que fuese contagioso el flujo gonorróico de que habla la *Biblia*, ¿estará probado su carácter sífilítico? ¿Quién no vé la sencillez de los medios curativos, reducidos todos á simples lociones con agua pura, que bastaban para triunfar de este mal? Si de la prescripcion de las lociones y del aislamiento de los que padecian la gonorrea se pretendiese deducir la índole contagiosa y sífilítica de la enfermedad, no deberá lógicamente deducirse lo mismo con respecto á las perturbaciones de la menstruacion de la muger, por las cuales se obligaba á

esta á sujetarse á las mismas prácticas y se la declaraba impura? Por otra parte, ¿no vemos todos los dias flujos uretrales que resultan despues de un cóito con persona limpia, que se limitan á producir una leve irritacion en los genitales, que nadie osaria considerar como accidentes sifilíticos? Luego, del exámen concienzudo de los textos biblicos, *no resulta probado* que la sífilis fuese conocida en remotos tiempos.

Lo propio cabe decir de las gonorreas, úlceras, pústulas, escamas, condilomas, etc., de las partes genitales de que hacen mencion los médicos de la edad antigua, pues ninguno de ellos habla del carácter contagioso de estas afecciones, ni se vé en ellas nada de comun con las de índole sifilítica, mas que el sitio en que radican. Por otra parte, no seria fácil comprender que, si desde tan remotos tiempos hubiese existido tal enfermedad tan caracterizada por su especial fisonomía, como lo es la sífilis, hubiese pasado anónima por las manos de los médicos griegos, romanos y árabes, y hubiese sido necesario llegar al siglo XV, para que todo el mundo se afanase en buscarle un nombre. Por lo que hace á considerar á la sífilis como el resultado de una degeneracion de la lepra, es preciso hacer notar que esta última enfermedad, tal cual se encuentra descrita en el antiguo Testamento, dificilmente podria hallar una filiacion en la afeccion que entre nosotros lleva este nombre, ni en la sífilis, y que son demasiado evidentes y específicos los caractéres que nos ofrecen los pocos casos de lepra que aun en el dia nos es dable observar, para que pueda demostrarse notable similitud entre estos y alguna de las formas de la sífilis. Además, si el contagio es uno de los caractéres mas ostensibles de las enfermedades sifilíticas, no está de ningun modo probada esta cualidad en la lepra antigua ni moderna; sin que refute esta última opinion la secuestacion de que fueron objeto los leprosos en la edad média, pues en estos tiempos y hasta los de Fracastoreo, que pertenece de lleno al segundo período de la edad moderna, nadie tenia aun formada idea clara del contagio.

Concluyo, pues, de este exámen crítico de los hechos, que, por mas que las apariencias superficiales puedan inclinar el ánimo en sentido del remotismo origen de la sífilis, la madura reflexión y la crítica razonada de las obras de los antiguos, no ofrecen puebas evidentes de que la sífilis hubiese sido conocida antes del siglo XV.

Presentemos la segunda cuestion :

2.^a *¿La sífilis apareció en Europa de un modo espontáneo á fines del siglo XV?*

Todos los historiadores están contestes en que á últimos del siglo XV (1493) se desplegó una rigurosa epidemia de enfermedades sífilíticas, que, empezando en Italia á hacer horriblos estragos en las filas del ejército francés y español, se estendió rápidamente por diversos puntos de Europa; Berlin, Halle, Brunswick, Lombardia, la Auvernia, etc. Los que creen que la sífilis se desarrolló por primera vez entonces y de un modo espontáneo en Europa, suponen que concurren un cúmulo de circunstancias análogas á las que preparan el desenvolvimiento de una epidemia, y que estas solas motivaron el desarrollo de la enfermedad venérea.

Nada mas extraordinario y al propio tiempo mas ridículo que las versiones que se encuentran consignadas en los autores de los siglos XV y XVI, para esplicar las causas de esta supuesta epidemia: Nicolás Leoniceno asegura que la enfermedad sobrevino á consecuencia de terribles inundaciones que hicieron salir de madre al Pó y que elevaron las aguas del Tiber hasta doce *anas* (cada *ana* equivale á 4 tercios y 4 dedos de la vara castellana) sobre su nivel ordinario, quedando las casas convertidas en otras tantas islas, que luego vinieron grandes calores que dieron lugar á emanaciones morbosas, de las que nació la materia sífilítica. Leoniceno apoya su opinion en la de Hipócrates y Galeno, pues, segun el primero de estos autores, en los tiempos húmedos se padecen flujos por los ojos, por las orejas, por la boca y por los genitales, y Galeno añade que todo esto acontece cuan-

do la atmósfera esté quieta, ó cuando reinan corrientes del mediodia. La opinion de Leoniceno, es sin embargo, la mas ilustrada de las de los escritores de su tiempo; pues estando entonces en prestigio la astrología judiciaria, la mayor parte de las esplicaciones se hicieron derivar de las influencias malélicas de los astros. Conradino Gilinus lo atribuyó á la conjuncion de Marte con Saturno: Gaspar Forella á haberse encontrado Saturno en el signo Aries: Wendelino Kock á la reunion de Júpiter, de Marte, de Mercurio y del Sol, en el signo Libra. Los médicos españoles é italianos, apelaron á la intervencion de la Divinidad y consideraron á la sífilis como un justo castigo que los dioses enviaban á los hombres, para que se enmendasen de su desenfrenado libertinage. Otros apelaron á esplicaciones todavía mas ridículas: así, Juan Laudier supuso que la sífilis era producto de la nefanda cópula del hombre con el mono: Van Helmon la atribuía al coito del hombre con el caballo afectado de muermo: Juan Menard, al comercio de un caballero leproso con una meretriz muy célebre y muy buscada, que en poco tiempo pudo transmitir el mal á muchos hombres: Antonio Musa Brosavola, á la cópula de una muger afectada de una úlcera saniosa en la matriz: Cesalpino, á una mezcla que los españoles habian hecho para vengarse de los franceses, de la sangre de un leproso con el vino: Gabriel Fallopio, á los napolitanos, que, para vengarse de los franceses, envenenaron las aguas de los pozos: Leonardo de Fioraventi á unas pastas que estaban amasadas con carne humana. La mas poética de todas las esplicaciones, es la que dió mas tarde el célebre Gerónimo Fracastor: supone que *Syphilus*, pastor del rey *Alcithoo*, que tenia muchos rebaños y buenos pastos para engordarlos, habia insultado al cielo, pues, haciendo alarde de la prosperidad de sus ganados, dijo: « *yo tengo mil blancos becerras y mil gordos corderos, y en el cielo no se vé mas que un toro y un carnero y un perro para guardarlas* » (aludiendo á los signos del Zodiaco). *Syphilo* admirado de la riqueza de su amo, levantó altares en las montañas y quemó incienso

en honor de *Alcithoo*, por lo que, indignado el Sol de tamaño insulto, lanzó sobre la tierra sus rayos mas ardientes, que no tardaron en desecarla y en corromper la sangre y los humores de los que habian tenido la insolencia de tributar á un hombre honores que solo deben consagrarse á los dioses, por lo que inmediatamente apareció una peste, de la que *Syphilo* fué la primera víctima, viéndose su cuerpo cubierto de llagas y de pústulas y molestado de atroces dolores, que le impedian conciliar el sueño nocturno. Los pueblos comarcanos llamaron *Sifilis* á esta enfermedad, del nombre del impío que la habia ocasionado. Cuenta luego Fracastor que los hombres se arrepintieron é hicieron sacrificios al Sol, por lo que la divinidad hizo crecer un bosque sagrado de *palo santo* ó *guayaco*, que fué el remedio para curar el mal.

Prescindamos ahora de la parte maravillosa de este relato, y pasemos á hacer la crítica del hecho culminante que de todo esto parece desprenderse: en el siglo XV se desplegó la sífilis bajo la forma epidémica y debió su origen al concurso de un número de influencias comunes, análogas á las que en otras ocasiones han producido otras enfermedades epidémicas.

Esta opinion cuenta con muchos defensores, y de estos son, en los modernos tiempos, los propagadores de la escuela fisiológica y los discípulos de Ricord. El mas antiguo sostenedor de esta opinion es el erudito portugués, médico de Catalina II, Rivéiro Sanchez, y en sus escritos se han apoyado los modernos defensores del origen espontáneo del venéreo en Europa.

La palabra *epidemia*, no tenia entre los antiguos el valor preciso que tiene entre nosotros, sino que significaba toda enfermedad, que á la vez invadía á muchas personas. Ya os he dicho que tampoco es del siglo XV la noción clara de la palabra *contagio*, pues, basta que Fracastor escribió sobre la sífilis, no se expresó de un modo terminante lo que debia entenderse por enfermedades contagiosas. No conociendo pues la manera especial de comunicarse las enfermedades por contagio y llamándose epi-

demia á toda enfermedad que simultáneamente atacaba á muchos individuos, resulta que no tiene ningun valor el hallar escrita en los autores de este tiempo, que *reinó una epidemia de enfermedades venéreas*. Tampoco es estraño que se atribuyese la epidemia á las influencias meteorológicas de que Leoniceno hace mencion, pues, guiados los médicos por el criterio hipocrático-galénico, debian buscar con afan estas influencias atmosféricas, para darse razon de los hechos. Por otra parte, consta por la historia, que, habiendo sido espulsados de España los judíos en 1492 y habiendo sido desposeidos de todos sus bienes por la intolerancia católica, se vieron obligados á buscar una patria en Italia y á establecerse en un barrio aislado de Roma, en donde sufrieron toda clase de miserias y privaciones. Estas condiciones se adunaron para provocar entre ellos el desarrollo de una verdadera epidemia de fiebres tifoideas, que se manifestó al siguiente año y despues de las copiosas lluvias de que habla Leoniceno, dando origen á lo que se conoció éon el nombre de *peste de los marranos*, enfermedad que luego se estendió por otras varias poblaciones, simultaneando con la sífilis. Tenemos, pues, que, en el tiempo en que se vió por vez primera la sífilis en Europa, coincidió en con una verdadera enfermedad epidémica, y esta consideracion, unida á la que se desprende del diverso significado que entonces tenta la palabra *epidemia*, acaba de desvanecer el valor que podria concederse á los escritos de los autores del siglo XV y XVI, que abogan por la espontánea creacion de la sífilis en Europa. Por otra parte, admitiendo que causas cósmicas por sí solas pudieron motivar esta enfermedad, ocurre preguntar: ¿porque no se han desarrollado alguna otra vez de las muchas en que han ocurrido inundaciones, seguidas de intensos colores? Porque, teniendo en su origen la sífilis un carácter epidémico, vino á perder tan pronto esta cualidad, para conservar para siempre únicamente la cualidad contagiosa. ¿Es esto lo que ha ocurrido con las otras enfermedades? La cualidad epidémica ó contagiosa, ó epidémico-contagiosa de una afeccion,

no se reputan caractéres esenciales de las entidades morbosas. Abandonemos por lo tanto, la suposicion de que la sífilis se desarrolló espontáneamente á últimos del siglo XV, y pasemos á examinar la última opinion.

3.^a *La sífilis, fué importada á Europa desde alguna otra parte del mundo, á fines del siglo XV?*

Despues de la crítica, siquiera concisa, pero razonada, que acabo de hacer de las dos opiniones que anteceden, crítica que nos ha conducido á no admitir ninguna, parecia escusado tratar de probar la importacion indiana de la sífilis, pues por esclusion debemos admitir este origen. Mas, como aun pudiera haber vacilacion en vista tan solo de los argumentos negativos, pues son muchos y muy notables los defensores de las dos opiniones precedentes, voy á esponer en resúmen las razones que positivamente militan en pró de la importacion de la enfermedad venérea.

Astruc figura al frente de los defensores de esta opinion, y entre los médicos españoles, contamos en el siglo XV, á Francisco Lopez Villalobos y en la actualidad á mi amigo el ilustrado Dr. D. Bonifacio Montejo, que, en su libro, aun no concluido, titulado: *La sífilis y las enfermedades con que se ha confundido*, ha tratado esta cuestion con abundante copia de datos y con erudicion admirable.

Yo no he de ofender á vuestra ilustracion sobre la mayor de las glorias de la Nacion española, refiriéndoos, siquiera en términos concretos, la historia del descubrimiento del Nuevo mundo, pero no puedo prescindir de llamar vuestra atencion sobre algunos hechos de esta misma historia, que son sobradamente notables para demostrar el origen indiano de la sífilis.

Cuando, despues de una larga y penosa navegacion y despues de haber descubierto un gran número de islas, los españoles bajaron por primera vez á tierra en la de *Haiti* ó *Suizquella*, encontraron un pueblo manso y formado de habitantes que vivian en el estado primitivo y «*cuyas mujeres*, segun dice el bachiller

Andrés Bernaldez, *eran amorosas y complacientes y prontas á formar aquellos lazos que ligan el corazón mas vagoroso.*»

Que los españoles tuvieron carnal comercio con las haitianas, lo prueba la orden que el rey Católico dirigió al Almirante, que le habia consultado acerca de lo que debía hacer con los que obligaban á las mujeres indianas á *hacer yerros á sus maridos*, diciéndole hiciese poco caso de estos desmanes, y que si era conveniente castigar á los soldados por este delito, lo hiciera sin que lo supiesen las mujeres, para no ocasionar escándalo.

Que entre los habitantes de Haití existia la sífilis, seguramente como un efecto de las condiciones orgánicas y climatológicas especiales, lo dice terminantemente el ilustrado escritor portugués, Ruy Diaz de Isla, en su *«Tratado contra el mal serpienteño, que vulgarmente en España es llamado bubas»* en los siguientes pasajes: *«Los indios de la isla española, antiguamente, así como acá decimos bubas, dolores, apostemas y úlceras, llamaban ellos á esta enfermedad, Guayanaras y hipas y taybas y yzas.»*—*«La cual de siempre fué su origen y nacimiento en la isla española, y la gente de esta isla se curaba de esta manera.»* Y sigue describiendo las prácticas de los haitianos para curarse de la sífilis, las cuales consistian principalmente en la dieta, en *«guardarse de mujeres totalmente diez lunas»* y en tomar un palo que ellos llamaban *guayacan* (guayaco). *«La cual cura, añade, por mi experimentada ser cierta á cualquiera que guardare sus preceptos; sino que entre nosotros y los indios hay una gran diferencia, y es que los indios son mas aparejados para recibir tal sanidad, que no en la cristiandad; la causa es ser los indios delicados y femeninos y de poca complission.»*

Estos textos y los que omito para no ser sobradamente largo, que están conformes con las noticias de los primeros cronistas é historiadores de las Indias, Gonzalo Fernandez de Oviedo y Bernardino Solá y con los mas erúditos investigadores, prueban con toda evidencia que la sífilis existia en las Indias cuando las

descubrieron los españoles. Veámos ahora como del nuevo, pasó al antiguo continente.

Noventa y siete dias despues del descubrimiento de las tierras del Occidente, la *Niña* y la *Pinta* reunidas, abandonaban aquellas playas, para volver á España á dar cuenta de las glorias de la expedicion, dejando en Haití 41 de sus compañeros, los mas blandos de carácter, para que no alterasen las buenas relaciones que se habian establecido entre Colon y el jefe de la tribu, *Guacanajari*. Si tranquila estuvo la mar en el viaje de ida, no se presentó menos apacible en los primeros dias del viaje del regreso; pero luego los elementos se rebelaron y hubo tantas lluvias, que pronto las carabelas no ofrecieron abrigo seguro para los navegantes. «*Con estas circunstancias, dice la historia, coincidió el desarrollo de un mal nuevo, que castigaba con crueles dolores á sus coyunturas y cubria su piel con repugnantes y desconocidas erupciones. El primero en quien se presentó este mal, fué en uno de los hermanos Pinzones, que venia con D. Cristóbal de piloto.*» Desarrollóse luego en varios de sus compañeros, amenazando aniquilar la vida de aquellos arriesgados navegantes en su trabajosa vuelta á Europa.

Una de las objeciones en que insisten mas los contrarios del origen indiano de la sífilis, versa en el hecho de que en ninguno de los puntos por donde los expedicionarios pasaron á su vuelta á España, se declaró la sífilis. Para desvanecer esta objecion es preciso atenerse á la verdad histórica.

Dice Dietrich, impugnando la doctrina del origen indiano de la sífilis, que Colon tomó tierra el dia 15 de enero de 1493 en una de las islas Azores, llamada Santa María, en la cual se detuvo seis semanas: despues, el 14 de marzo del mismo año, en Lisboa, en donde se quedó nueve dias, y «*en ninguno de estos puntos se declaró el mal venéreo, apesar del gran roce de los españoles con sus habitantes.*» Con respecto al desembarque en una de las Azores, resulta de las crónicas de aquellos tiempos, que no fué mas que parcial, pues, habiendo Colon enviado á

Santa Maria algunos marinos para ver al gobernador, á fin de pasar al dia siguiente á cumplir un voto santo á una hermita, esta autoridad les armó una celada y les arrestó, y lo propio quiso hacer con el Almirante, quien, conociendo los perversos designios de Juan de Castañeda, no se dejó caer en el lazo, y despues de haber recuperado los marinos que habian sido tan infamemente detenidos, volvió á continuar su rumbo, *cuatro dias despues* de haber llegado, sin que en todo este tiempo pudiesen mediar entre los habitantes de Santa Maria y los tripulantes, las relaciones de intimidad que supone Dietrich. Cosa análoga aconteció en Lisboa, pues, apesar de las seguridades que el rey D. Juan dió á Colon, éste no quiso intimar trato con los portugueses, y si fué á instalarse en la Roca de Cintra, junto á Lisboa, fué porque el temporal no le permitió permanecer en Cascaes.

Colon fué á ver al rey y estuvo cuatro dias ausente de la Carabela. Los marineros que en ella quedaban no pudieron tener grandes relaciones con los portugueses, pues la *Niña* estaba anclada en un sitio demasiado apartado de la ciudad para que el tráfico, en tan corto tiempo, hubiese sido muy frecuente.

La *Niña* y la *Pinta*, que salieron juntas de Hailí fueron separadas por la tempestad de que os he hecho mencion. Hemos seguido el derrotero de la *Niña* hasta Lisboa, y no hemos encontrado rastros de este trato íntimo con los portugueses, que tanto han invocado los contrarios del origen indiano de la sífilis, para probar que no traían el mal los espedicionarios, toda vez que no lo sembraron en los pueblos por donde pasaron. Lo mismo podria demostraros siguiendo el rumbo de la *Pinta*, capitaneada por Pinzon, pues no hallaríamos tampoco condiciones de trato de los marineros que tan malos estaban y tan poco aptos para cohabitar con las mujeres del miserable pueblecito de Bayona, en Galicia, en donde estuvieron por espacio de nueve dias. ¿No se sabe, además, que en las pequeñas poblaciones, por suerte, no abundan las rameras, y que, si alguna hay, no suele

ser muy frecuentada? ¿Qué extraño es, pues, que, aun cuando resultase contagiada alguna mujer en Bayona, el mal no se hiciera notable, quedando, como debió quedar, reducido á algunos individuos?

Encontráronse las dos carabelas en Palos y desde aquí hicieron rumbo á Sevilla, en donde los osados marineros fueron objeto de generales regocijos y tuvieron relaciones de mayor intimidad que en Santa Maria, Lisboa, Bayona y Palos con los habitantes de la ciudad. Hay fuertes presunciones, que resultan de varios documentos históricos de que en este tiempo se declararon en Sevilla muchos casos de enfermedades sífilíticas, pues, segun la declaracion de Gerónimo Herrera, tuvieron que dedicarse á la curacion del mal, que este mismo autor dice que se llamaba *Sarampion de los Indias*, varios hospitales de esta ciudad.

Llegamos, por fin, señores, á Barcelona, en donde los reyes católicos recibieron á Colon, á últimos de abril de 1493, y si de nuevo se analizan los datos históricos, volveremos á encontrar positivamente confirmado, que en esta ciudad el venéreo hizo no pocos estragos.

Cárlos VIII rey de Francia, que en 1494 habia intentado apoderarse de Italia y Nápoles, bubiera podido lisonjearse de haber realizado en pocos meses sus designios, si no hubiera encontrado á su paso las tropas españolas que, á las órdenes de Gonzalo de Córdoba, habian desembarcado en las costas de Calabria. Cárlos volvió inmediatamente á Francia, dejando á Nápoles ocupada por seis mil hombres. Todos los historiadores están conformes en que estos desventurados soldados fueron víctimas de toda clase de penalidades, no siendo la menor de ellas los estragos que entre ellos hacia la sífilis. Y seria inútil continuar este relato, porque ya en este momento habreis podido ver la procedencia de esta plaga, que de tal modo se cebó en el ejército francés y que fué el foco de la célebre epidemia de sífilis de que antes os he hecho mérito.